

RUBÉN RIERA

VIVIR EN LA INCERTIDUMBRE

Rubén M. Riera (Orba, 1983) acude a grandes zancadas hasta la puerta de la Casa de Velázquez, en el corazón de la Ciudad Universitaria de Madrid. Encaja mi mano y me sacude el brazo arriba y abajo, con energía y vitalidad. Es un joven alto y delgado, de ojos claros, de risa espontánea y luminosa, que denota franqueza. Ha recibido una beca para llevar a cabo un proyecto creativo en la Casa de Velázquez, una fundación francesa instalada en un palacete neoclásico, noble y seductor. A Rubén le han cedido durante tres meses un estudio de pintor: una especie de dúplex, con un gran ventanal que mira al norte y que deja ver los jardines pomposos de aquel palacio. En definitiva, este artista valenciano vive un sueño, con ese estudio tan bien puesto, muy provisional, pero que durante un tiempo le permitirá concentrarse plenamente en su trabajo.

Jesús Císcar fotografía ese ambiente, muy pulcro y ordenado. A pesar de eso, tropieza con una pieza situada en el suelo y, por decirlo así, desmonta la

Ha recibido una beca para llevar a cabo un proyecto creativo en la Casa de Velázquez. A Rubén le han cedido durante tres meses un estudio de pintor: una especie de dúplex, con un gran ventanal que mira al norte y que deja ver los jardines pomposos de aquel palacio.

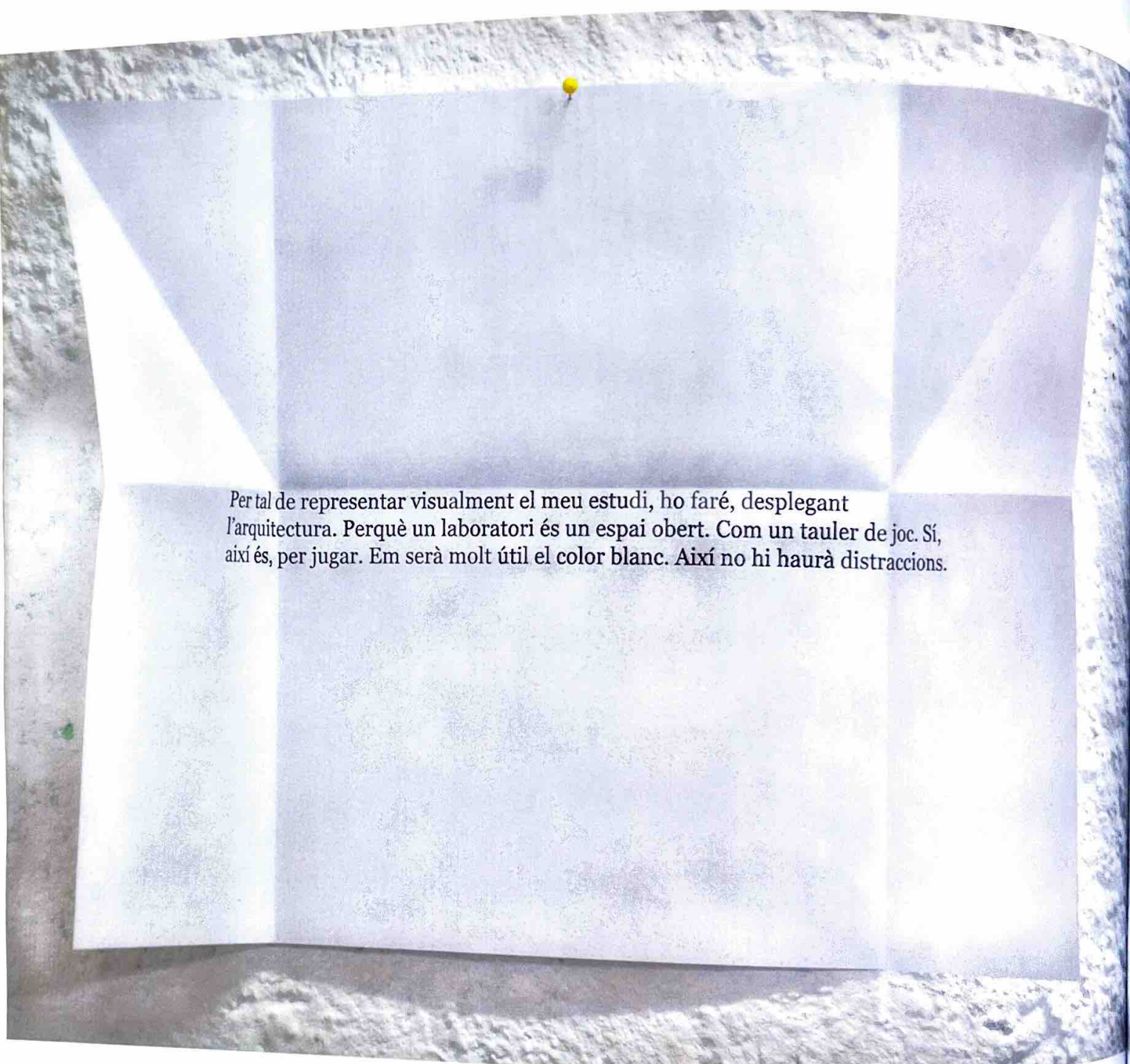
precaria instalación. «No pasa nada», se apresura a decir Rubén. «Es una pieza que quiero que esté así... Por el suelo. Quiero abandonar el marco de la pared». Miro esa pieza, en la que se ve parte del bastidor a través de un material transparente. El otro lado del lienzo está pintado de negro. En la pared cuelga una obra hermana, donde se aprecia ese juego entre la pintura y la estructura del marco, hecho con un tensor de cinta. «Me interesa el tiempo, la fragilidad, los elementos de tensión...

Pertenece a la serie *De naturaleza confusa*, donde trabajo con elementos primarios y efímeros, con un sentido metafórico del tiempo presente. Busco la tensión creada por el momento que precede un suceso que desconocemos».

Me muestra una obra en la pantalla del ordenador que se llama *Reloj de aire*. Con un globo ha construido un artefacto que se mantiene en un equilibrio incierto y que va variando a medida que el globo se va deshinchando. «Sigo el ideario del sociólogo Zygmunt Bauman, que habla de la modernidad líquida. Todo está en constante transformación, incluso las cosas que parecen más inmutables. Vivimos en una incertidumbre global. Y el arte también es eso. Planteo la obra desde el vacío: nunca se sabe hacia dónde puede derivar una obra. No preparo ningún escenario, ni ninguna narración. Dejo la pintura fluir: el arte surge de una urgencia, es un fuego que te quema, una necesidad interior».

Me enseña una obra de una serie anterior, titulada *Iceberg*. Es un trabajo poderoso, con un gesto pictórico seguro. «Todo lo que parece sólido no lo es»,





Per tal de representar visualment el meu estudi, ho faré, desplegant l'arquitectura. Perquè un laboratori és un espai obert. Com un tauler de joc. Sí, així és, per jugar. Em serà molt útil el color blanc. Així no hi haurà distraccions.

Rubén M. Riera. *Mi estudio*, 2018. Impresión láser sobre DIN A4 de 90 gr., 29,7 × 21 cm.



insiste Rubén. Sus series anteriores llevan los nombres de *Inmaterial* (2012) y *Nada permanece* (2013), que insisten en ese concepto de la incertidumbre que guía las cosas de la naturaleza, y también las acciones humanas. «Con la crisis económica lo hemos comprobado», vuelve a decir. «Es un proceso performático, donde tiene tanta importancia el resultado final como los pasos que he ido siguiendo al azar. Trabajo como un científico, desde la experimentación».

Son las cinco de la tarde y por esa ventana tan noble entran todos los colores del verde de un día de primavera. Fuera la realidad es sólida y muy placentera a la vida: unos grandes pinos, flanqueados de frondosos cipreses, cierran un marco epicúreo. El discurso de Rubén me parece sorprendente, pero al mismo tiempo me resulta un poco enigmático y difícil de seguir. Los cuadros con color de la serie *Nada permanece* me parecen sugerentes, potentes cromáticamente, y la posible *performance* con la que se han hecho me interesa más bien poco. Está claro que es una opinión, quizás un poco frívola, y que el artista es muy libre de indicar qué es lo que le parece trascendente de su trabajo y qué es lo que lo dota de singularidad. A veces creo que un exceso de discurso atenaza demasiado la obra; otras veces, recuerdo la obra de Jordi Teixidor, donde cada color y cada variación tiene una razón de ser filosófica, y dudo sobre qué camino es más fructífero en la creación artística. De golpe, detengo el discurso de Rubén y le pregunto a bocajarro qué busca de concreto con su trabajo. Los ojos claros del pintor son expresivos y la pregunta

«Pienso en la pintura como un instinto, como una fuerza interna que te guía no sabes muy bien adónde»



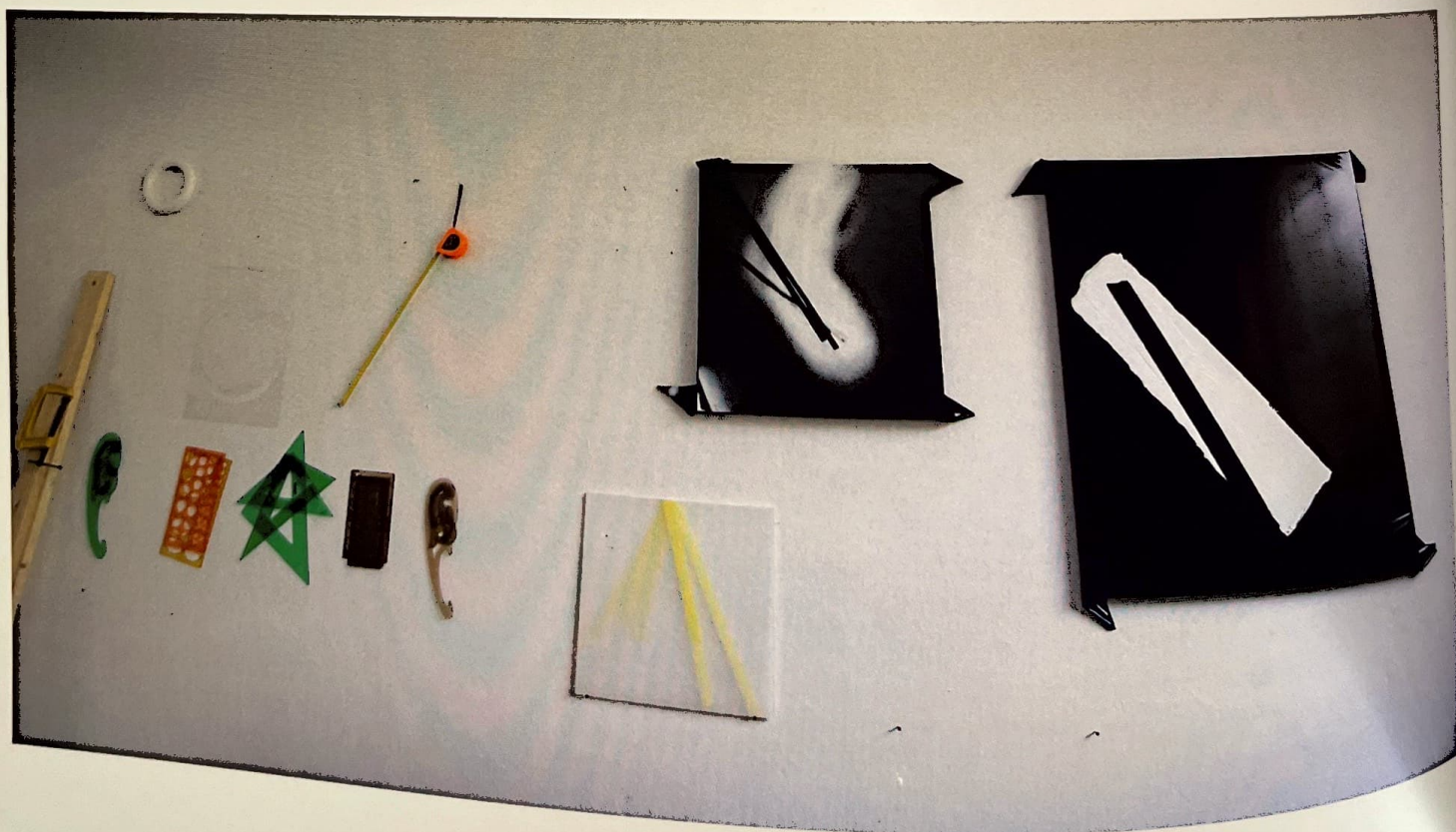
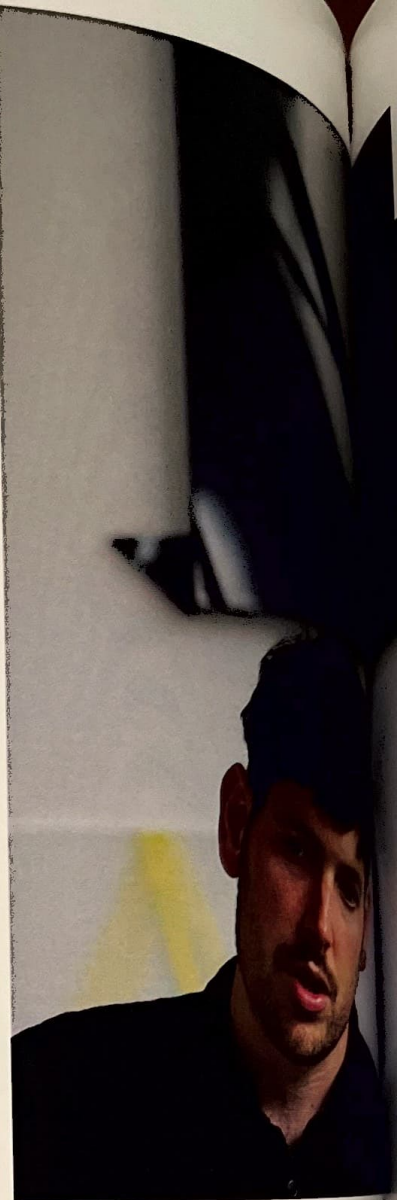


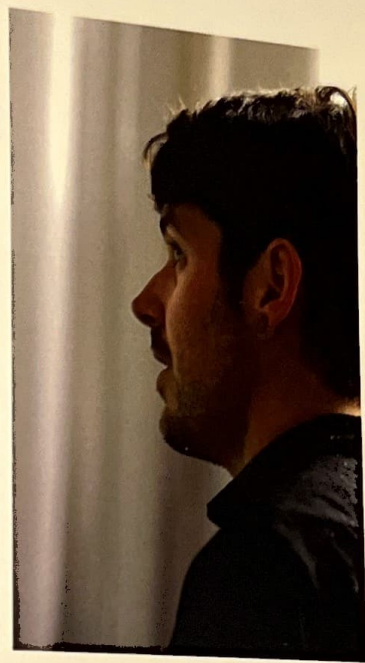
puede que sea demasiado directa. Duda un momento, pero al final sabe salir airoso con una frase de altura: «Ampliar la realidad visual». Y continúa: «El azar como respuesta a lo desconocido. Reinterpretar la realidad».

«Pienso en la pintura como un instinto, como una fuerza interna que te guía no sabes muy bien adónde. Durante la carrera me fui de Erasmus a París. Después tuve una beca para México. Cuando terminé Bellas Artes, intenté construir mi proyecto artístico en Valencia. Pero el contexto valenciano es muy limitado. Te sientes un exiliado en tu propia tierra. Entonces, el año 2011 obtuve una beca en la Casa de la Moneda para perfeccionar la técnica del grabado. Fue la oportunidad para dejar Valencia y venirme a Madrid... En Valencia no era feliz: sentía que no podía realizar mi proyecto. No es un buen país. No hay sensibilización, no se invierte en cultura. Y resulta muy difícil no sucumbir».

Me gusta lo que dice y cómo lo dice. Habla desde la serenidad, con su valenciano de Orba. «De todas maneras, no todo en Valencia es negativo», matiza con prudencia. «En Calpe está la Fundación Mardel: un matrimonio que desde hace dos años impulsa un certamen de pintura, y desde una actitud altruista está haciendo una contribución para que las cosas, para los jóvenes artistas, sean de otra manera. ¡Pero necesitaríamos miles como ellos!». Ahora se le ve un poco más angustiado, como si toda esta conversación despertara antiguos miedos. «Este año cumpla treinta y dos. Si antes de los treinta y cinco no has hecho nada importante lo tienes mal, porque piensa que la mayoría de las becas

«Una cosa es el arte y otra, el mercado. Artistas muy grandes han sucumbido y han perdido la pureza que los hacía singulares»





y subvenciones son para menores de treinta y cinco. Eso me preocupaba mucho en Valencia, ver pasar el tiempo haciendo un arte que no tenía ningún tipo de reconocimiento. Y quería mantenerme puro». Le pregunto qué quiere decir con eso de la pureza. «Creo que debes hacer lo que de verdad crees. Una cosa es el arte y otra, el mercado. Artistas muy grandes han sucumbido y han perdido la pureza que los hacía singulares». Le pido que me diga algún nombre y se ríe, duda, y esos ojos de un gris azulado resultan particularmente expresivos. Pero Rubén vuelve a contestar con valentía: «Miquel Barceló, por ejemplo. En los años 80 era grandísimo, pero ya hace mucho que se ha acomodado, que se repite, que tiene poco sentido lo que hace». Císcar, que está sentado tranquilamente en un sofá cama con las piernas estiradas, apunta: «¡Ah, pensaba que ibas a decir Manolo Valdés!». Rubén responde: «¡Valdés nunca me ha interesado! Pero Barceló, sí. Quería matar la pintura, pero ha sido su éxito lo que lo ha matado a él. En cambio, Tàpies y Miró son un referente en mi formación, siempre se mantuvieron puros».

Le pregunto qué hará cuando se le termine la beca. «Volveré a mi estudio de aquí, de Madrid. Lo que es seguro es que de momento no volveré a Valencia, aunque allí vive mi pareja. Estoy pensando en solicitar alguna otra beca, quizás para algún país centroeuropeo. Mientras, seguiré en Madrid, que es una ciudad activa, optimista, que contagia las ganas de trabajar y de tirar hacia delante...».

De repente pienso que Rubén vive en la incertidumbre o, por decirlo en su lenguaje, en la incertidumbre global. Por un momento tengo la sensación de que vive la vida como una obra más, y que la deja fluir sin interferir mucho en nada. Lucha, batalla por descubrir su voz y por mantenerse fiel a su discurso y a su búsqueda. Para ampliar la realidad visual, ni más ni menos... ¡Ojalá tenga suerte!

«Este año cumpla treinta y dos.

Si antes de los treinta y cinco no has hecho nada importante lo tienes mal, porque piensa que la mayoría de las becas y subvenciones son para menores de treinta y cinco»